

Del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico

(Discurso en el acto de entrega de los títulos de PONTIFICIA
a nuestra Universidad)

He aceptado con verdadero placer el encargo de entregar durante este solemne rito, el título de "Pontificia" otorgado por la Santa Sede a esta ilustre Universidad Católica Bolivariana.

Nadie mejor que el Representante del Romano Pontífice pudiera desempeñar esta misión, que adquiere un carácter simbólico, ya que el Pontificado, como cabeza de la Iglesia Católica, ha sido el más decidido campeón de la cultura a lo largo de los siglos.

Se trata evidentemente de una cultura que tiene un doble carácter: en primer término es orgánica y jerarquizada, no fragmentaria, porque viene a cristalizar en una visión conjunta del universo; y en segundo lugar, una cultura que es a la par luz y calor, conocimiento y vida, ya que procede de una luz más alta, la traída al mundo por Jesucristo, "camino, verdad y vida". No camino puramente especulativo, ni verdad abstracta, ni vida teórica solamente, sino sabiduría concreta y substancial, de aquel Verbo que "era en el principio" y "por quien todas las cosas fueron hechas" y cuya vida era la "luz de los hombres".

Por eso descendió del cielo El que con toda propiedad se denominó a sí mismo "La luz del mundo y la sal de la tierra".

Con El empieza la verdadera cultura intelectual del mundo. No porque el entendimiento humano antes de Cristo no hubiera tenido atisbos de la Verdad, sino porque a la luz de las enseñanzas divinas la ciencia antigua fue purificada de escorias, levantada hasta cimas antes ignoradas, penetrada de un calor, de una orientación y de una firmeza jamás sospechada.

Y después de haber iluminado las inteligencias sobre muchos

problemas antes no conocidos, el Maestro dicta a su Iglesia una consigna inmortal: "Ite, et docete omnes gentes". En ningún momento de su historia, dos veces milenaria, olvidará la Iglesia el precepto del divino Maestro. Con el Evangelio que contiene "Palabras de vida eterna", llevará a todos los confines de la tierra, aun a costa de sobrehumanos sacrificios, el mensaje cultural en toda su amplitud, que aunque contiene palabras de vida terrestre, puede ser enaltecido y orientado hacia una vida que no tiene término.

Labor de los Papas, Obispos y Concilios

Apenas salida de las Catacumbas, casi en los albores de las invasiones bárbaras, la Iglesia organiza sin ruido, a la sombra del campanario parroquial o de los primeros Monasterios, la enseñanza primaria universal y gratuita; y en tanto que la antigüedad pagana cerraba al vulgo las escuelas de los filósofos y no dictaba sino a los ricos las lecciones de los retóricos y gramáticos, la Iglesia Católica, son palabras del ilustre Ozanam, "se gloriaba de dar la enseñanza a todos, amando más a los hombres que a la ciencia y abriendo de par en par las puertas de sus Escuelas para hacer entrar en ellas, como en el festín evangélico a los ciegos, a los pobres y a los mendigos". Ya en el año 789 Teodulfo, Obispo de Orléans, decretaba en su Diócesis la creación de escuelas populares, no solamente para las ciudades sino también para los campos.

Se gloria el sistema educativo de nuestros días, y con razón, de preparar competentes inspectores escolares; pero corresponde a la historia recordar que hace más de 1.000 años, Hicmaro, Arzobispo de Reims, empleaba un sistema más sencillo y económico: designaba como inspectores escolares a los Párrocos de su Diócesis.

Se pregona por doquiera que la enseñanza primaria debe ser gratuita, y en ello emplean los gobiernos gran parte de sus rentas, pero no debemos olvidar que la Iglesia en los primeros siglos atendía a los gastos de la enseñanza con rentas de fundaciones caritativas.

Gloria de un Concilio Romano celebrado en Letrán, en 1078, fue el haber implantado la enseñanza secundaria obligatoria y los primeros elementos de la enseñanza superior, agrupando en torno de cada iglesia catedral a maestros encargados de comunicar a la juventud estudiosa la ciencia de las siete artes liberales.

En el año 1400 el Canciller Gersón recomendaba a los Obispos que "averiguaran cuidadosamente si cada Parroquia poseía una escuela, si la enseñanza era suficiente, y los exhortaba a establecer escuelas en todas las Parroquias donde no las hubiere". Y es de nuevo la voz autorizada de Ozanam que así concluye: "La Iglesia Católica estableció la instrucción primaria. Ella dispuso que la enseñanza fuera universal y gratuita, ordenando que cada Sacerdote en su Parroquia enseñara a leer a los niños, sin distinción de categoría ni de clase, y sin otro galardón que las promesas eternas".

Sería interminable si pretendiera haceros oír el lenguaje en-

cendido con que los Romanos Pontífices, en plena Edad Media, hablaron de la ciencia, del estudio y de las nobles disciplinas del espíritu. Qué profundo sentimiento han tenido de su responsabilidad en el campo de la enseñanza; a cuántas creaciones magníficas han prologado su estímulo, sus bendiciones y su munificencia inagotable!

Bastaría hojear ligeramente en la Biblioteca Vaticana los numerosos y encomiásticos testimonios de esta solicitud pontificia, releyendo las Bulas de fundación de esas antiguas Universidades que han sido los faros luminosos de la cultura y las orientadoras del movimiento científico e intelectual a través de los siglos. La Iglesia las fundó, las erigió, las enriqueció y las gobernó. Elías tuvieron siempre a los Papas por protectores, a los Santos por Maestros y a la cristiandad por auditorio.

Se contaban en Francia, la antigua Galia, hasta 23 Universidades Católicas, libres e independientes las unas de las otras, y que sirvieron de modelo y ejemplar a las de otras naciones.

La Universidad de París, fundada en 1180, sobresalió entre todas. Ella fue el punto de cita de la juventud europea, y llegó a tanta la afluencia de alumnos, que en el siglo XIII, 10.000 estudiantes poblaban sus aulas. Los Santos fueron su gloria, y basta citar los nombres inmortales de Tomás de Aquino, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos y el de su insigne maestro Alberto, por antonomasia el Grande.

La Sorbona, fundada por el confesor del Rey San Luis, apellidada en las Bulas Pontificias de Alejandro IV, "domus magistrorum paupérrima", llegó a ser en breve la más elevada cátedra de las ciencias profanas y eclesiásticas.

Los Monjes

Si aspirara a la pretensión ilusoria de ser completo en esta rápida y somera exposición sobre el papel docente de la Iglesia, no podría pasar en silencio la parte considerable que corresponde a las Ordenes Monásticas.

Vosotros conocéis "La Historia de los Monjes de Occidente", cuyo autor, Montalembert, tan noble por la inteligencia como por la sangre, se ha hecho acreedor a la gratitud perdurable de la Iglesia y de la Historia.

Consta en ese monumento levantado a la gloria de los Institutos monásticos, que las Abadías más encomiadas por la Iglesia, eran precisamente las más connotadas por la ciencia de sus religiosos.

El olvido de las Letras, "oblivium Litterarum", como se expresa un Monje historiador del siglo XI, fue siempre señalado como síntoma de decadencia en los Institutos religiosos, y el restablecimiento de su prístino valor fue un punto esencial en todas las reformas.

Sabéis hasta dónde llevaron los Monjes su amor a la ciencia y a las letras? En el incendio que consumó su Monasterio de Fleury,

los hijos del Patriarca San Benito abandonaron su mobiliario y sus enseres a las llamas voraces, para salvar su rica biblioteca.

Basta citar un nombre que compendia admirablemente el aporte decisivo de las Ordenes Monásticas a la cultura intelectual: **Montecassino**.

Un día llegó Benito de Nursia con unos pocos compañeros a esa cima, donde todavía el paganismo levantaba sus templos. Derribaron los ídolos y conquistaron a los paganos del contorno, acción sencilla y simbólica de la Orden que había de civilizar al mundo bárbaro. Fundaron el célebre Monasterio de Montecassino, que vino a ser el taller de la civilización y el fanal de la cultura. De ahí salieron los sabios que mantuvieron, durante ocho siglos, el cetro de la ciencia, y allá acudieron los Papas, los Emperadores, los Santos y los intelectuales en devota peregrinación, ávidos de abreviar sus inteligencias en esas fuentes inagotables de ciencia y de verdad.

Nada encierra mejor en breve símbolo la cultura de Europa como la Abadía de Montecassino, con las escuelas que en torno de él brotaron a la manera de espontánea floración del espíritu cristiano. Por eso cuando el lacónico mensaje del cable nos anunció, en la hecatombe que acaba de pasar, que las bombas habían destruído esa reliquia veneranda, el mundo civilizado se estremeció y todos sentimos que algo se desplomaba en nuestro corazón adolorido.

Los frutos sabios en todas las ramas del saber

Y ya que por los frutos se conoce el árbol, veamos cómo en todos los jardines del conocimiento ha cosechado la Iglesia laureles inmortales.

En las Letras, ha sido la Iglesia como una reina ataviada siempre con nuevas y refuigentes bellezas. En sus manos han sido ellas las flores con que ha engalanado la divina y atrayente figura de la Verdad. Sería necesario citar la lista interminable de Padres y Doctores de la Iglesia, esos hombres verdaderamente prodigiosos que tomaron en sus manos la lira de Homero y de Virgilio, la pluma de Platón y de Cicerón, y que llevaron a su apogeo el arte del bien pensar y del bien decir? Los Oradores Sagrados, desde Juan Crisóstomo y San Ambrosio, hasta San Bernardo y Bossuet, apenas encuentran pares en las Letras greco-latinas.

“Nada más noble que la gloria literaria”, exclamaba León XIII. Y no hay que olvidar que el mundo debe a la Iglesia el antiguo patrimonio intelectual del género humano, porque el día en que las Letras griegas y latinas desaparecieron entre las llamas de Alejandría y las ruinas de Constantinopla, encontraron asilo en la Cátedra de Pedro y en los amplios pliegues del hábito monacal.

En el reino de las artes fue la Iglesia un sol que nunca se ha puesto. Las regeneró en las fuentes del cristianismo, abriéndoles más anchos horizontes, alentando en ellas un alma nueva. Poniéndoles

alas, les hizo desplegar un vuelo magnífico en la amplitud del espacio.

Y también en las ciencias tiene la Iglesia el primado. No podía ser de otra manera, siendo Ella como es, la hija predilecta de Aquel que se precia en llamarse: "Dios y Señor de las ciencias". "Deus scientiarum Dominus".

Brillante figura hace la Iglesia en el firmamento científico con Rogerio Bacón, el Fraile que inventó la pólvora, con Alberto Magno, inventor de la brújula, con Beda que explicó las mareas, con Cristóbal Colón y los grandes navegantes que descubrieron el Nuevo Mundo; con Lana y Beccaria, dos religiosos que encontraron los primeros las leyes de la electricidad.

Con Newton, maestro incomparable de las ciencias matemáticas, con Galileo, Copérnico y Pascal, que le ofrendaron sus conquistas sobre las leyes de la naturaleza. Imposible enumerar esa pléyade de sabios, de artistas, de pintores y de escultores que se han formado al abrigo de la Iglesia, que han vivido de sus larguezas y que le deben sus mejores obras.

Ella protegió a Miguel Angel y a Rafael.

Ella construyó a San Pedro de Roma y a Nuestra Señora de París.

Felizmente esa labor gigantesca, ese aporte espléndido a la cultura y civilización del mundo, no es simplemente una página histórica o un monumento recordatorio de la labor educadora de la Iglesia.

Siempre antigua y siempre nueva, la Iglesia marcha en nuestros días a la vanguardia de la cultura en todos los ramos del saber humano. Dígalo si no esta ilustre Universidad Católica Bolivariana, con sus 160 Profesores, sus 1.600 alumnos y sus Facultades de Derecho, Ingeniería, Química Industrial, Ciencias Económicas, Arquitectura, Arte y Decorado, sin contar el Bachillerato y otras ramas de extensión cultural, que conservan y perpetúan en esta culta y religiosa Antioquia, la tradición gloriosa que nos legó la Maestra incomparable de la cultura universal.

o

Excelencia Reverendísima; Muy Ilustre Señor Rector:

Como prueba de los sentimientos de exquisita benevolencia con que el Soberano Pontífice sigue la marcha ascensional de esta joven pero ya gloriosa Universidad Católica Bolivariana, aquí tenéis los documentos emanados de la Santa Sede, que la elevan a la categoría, a muy pocas concedida, de Universidad Católica Pontificia.

Este precioso documento está diciendo, con la austera sencillez de las grandes realidades, en qué alto concepto tiene el Maestro universal de las almas la obra cultural de este plantel, en buena hora confiada a vuestra ilustrada, insomne y acertada dirección.

Y así quiere el Vicario de Cristo que éntre esta institución particular a hacer parte de manera más íntima y directa de la sociedad eterna de las almas, la Santa Iglesia Católica, sociedad sin fronte-

ras, abierta generosamente a todos los avances de la legítima cultura, de esa cultura que es armonía con los derechos intangibles de la fe y de la conciencia humana, puesto que de Dios proceden los dos órdenes de conocimiento, natural y sobrenatural; de esa sociedad indestructible e inmortal como la roca de Pedro, sobre la cual fue divinamente edificada y contra la cual ninguna violencia ni ninguna falsa ciencia podrán prevalecer jamás.

Bien está ahora en vuestras manos, Excelentísimo Señor, y muy Ilustre Señor Rector; bien estará en las manos de quienes un día habrán de ser los dignos continuadores vuestros en la dirección de esta institución magnífica; bien estará en los muros de la sala principal de la Universidad Católica Bolivariana, ya que con la enseñanza eminentemente espiritualista que se imparte en estos venerandos claustros, se traduce en la práctica la exclamación de fe intrépida y robusta de Pedro a Jesucristo: "Señor, a qué otro Maestro de las almas iremos nosotros? Tú solo tienes palabras inmortales de Verdad eterna".

No tengo necesidad de recalcar las obligaciones graves que impone esta insigne manifestación de la benevolencia Pontificia. La Universidad es una especie de inmensa catedral en construcción, ya que las inteligencias y los corazones juveniles tenderán en ella hacia lo infinito por el saber, por la plegaria y por la vida de cristianismo fuerte, ilustrado y sin grietas, tradicional en la patria colombiana y especialmente en Antioquia. El futuro de la Iglesia en Colombia está cifrado en sus institutos docentes y en sus Universidades Católicas. Por consiguiente contribuir al incremento de estos centros culturales superiores, es cumplir una obra eminentemente religiosa y patriótica a un tiempo.

Orate fratres: Orad hermanos porque la Universidad Católica Bolivariana crezca en espíritu y en ciencia y de ella salgan ilustres profesionales, estudiosos en todas las ramas del saber y al mismo tiempo fervientes hombres de fe y de acción católicas.

Vigilate fratres: Velad hermanos para que la herencia tradicional de vida religiosa se conserve intacta en estas montañas, sin contaminaciones extrañas en la doctrina ni en la vida.

Amate fratres: Vuestra caridad que es "el vínculo de la perfección", que es "la plenitud de la ley", se difunda por todos los ámbitos de la patria común y de este plantel brote como un inmenso río de luz y de fuego que abrace a todos, sin exclusivismos, en los ardores de la más pura y acendrada caridad sobrenatural.

